

Formas de enamorarse del amor

Supuestos. La vida se encuentra llena de ellos. La línea entre lo real y lo ficticio se desdibuja ante la certeza. Sin explicaciones, sin verificación. ¿Mas no es el amor un mero supuesto? O, quizá, sea el éxtasis que da paso a un torrente de dudas que deconstruyen hasta saciarse de dolor. Dolor que me prometí no volver a sufrir. Hasta que lo conocí.

Siempre me consideré una romántica empedernida. Ansiaba esas primeras veces en las que todo se magnífica y, por un instante, crees que la vida es eso. Las mariposas que se adelantan e intentan huir de las primeras grietas del corazón. Pero todo cambió la mañana en la que encerré a las mariposas.

La mañana en la que encontré las 48 cartas que mi padre escondió. Cartas a una desconocida que aseguraba que era el amor de su vida aún cuando se lo decía a mi madre cada mañana. La primera de las cartas estaba fechada el mismo día de mi segundo cumpleaños y la última de ellas llegó unos meses después de mis dieciocho, aún cuando mi padre me había prometido que la dejaría, que solo fue un error. Diez años de mentiras disfrazadas de felicidad.

Tras reconocer aquella postal firmada con una floritura en forma de letra ene, me dirigí hacia mi madre decidida a terminar con aquella farsa. La encontré, como de costumbre, con uno de sus lienzos y las manos repletas de pintura y, pese a que titubeé unos segundos, le tendí firme el trozo de papel. El efecto que causaría una nueva causa-efecto. Volteó el sobre hasta que vio la consonante que adornaba la parte inferior derecha y emitió un sonoro suspiro. No la abrió, sino que la puso

encima de la mesa de cedro desgastada que tenía justo a su lado. Aquella pieza demasiado cara que con el tiempo acabó demasiado estropeada como para servir de decoración.

—Desde cuándo lo sabes —preguntó mi madre visiblemente cansada.

Aquello no era lo que esperaba, de hecho, podía esperar muchas cosas que precisamente no eran esa apatía. Fue en ese momento en el que me fijé que su cabellera rubia, del mismo tono que la mía, estaba repleta de demasiadas canas para su edad, al igual que sus ojeras estaban más pronunciadas.

—¿Lo sabías? —mi indignación se hizo eco por toda la sala—. ¡¿Acaso te da igual?!

Intenté coger la postal en un intento de leerla en voz alta y que así abriese los ojos, pero la hizo jirones ante mi desconcierto.

—Nia... Esto son cosas de adultos. No lo entenderías.

—¡Soy adulta! ¡Ilumíname!

—¿Crees que eres adulta, que no es lo mismo! —agarró su tabique nasal, símbolo de que estaba muy alterada, antes de sentarse derrotada y hablar con sus iris azules puestos en los míos marrones

—. Tenemos estabilidad y es un buen padre. No pido más. No quiero más. ¿Entiendes?

—¿Es más importante la estabilidad que el amor? —inquirí con el corazón en un puño.

—El amor no es más que un supuesto. ¿Crees que tu padre está enamorado de ella? —rió con amargura—. No, solo no sabe saborear la monotonía. Necesita eso porque la estabilidad no le es suficiente y yo no necesito de lo otro porque esto es lo que quiero. Mi casa, mis pinturas, una buena charla con él mientras nos preparamos para el trabajo, que se preocupe por ti... Esto es mi felicidad.

Ya lo entenderás —sonrió de forma amarga antes de volver a coger el pincel y cambiar el magenta por un azul desaturado.

A raíz de aquella conversación, me prometí que jamás sería como ella. No me conformaría con lo mínimo por miedo al cambio, por lo que comencé, de forma inconsciente, a mirar de otra forma mis relaciones. Un móvil que comenzaba a ponerse bocabajo encima de la mesa, las notificaciones silenciadas, respuestas monosilábicas... Aún así trataba de demostrar que había solución, daba el cien por cien para que así aquella monotonía no llegase. Para ser la primera opción. Intentos de reavivar algo que ya estaba muerto. Fracasos que mermaron la idea de que el amor real sí existía, pese a que la niña de dieciséis años que había descubierto aquellas cartas creyese que jamás se enamoraría. Lo cierto, es que si vivía era por y para amar. Para darles una lección.

Pensé que con cada ruptura, el corazón se acostumbraría y dolería menos, pero no fue hasta los veinticuatro años que descubrí lo que era de verdad que te rompiesen en mi pedazos.

La mañana del siete de octubre llegué a casa y Javi no estaba. Vivíamos juntos desde que decidimos mudarnos a Granada para cursar allí la universidad. Lo teníamos todo: estabilidad y una conexión que persistía, pese a que el sexo a veces fuese banal. Por primera vez, aunque nunca lo diría en voz alta, me imaginaba con un vestido blanco caminando hacia él. Hasta que encontré la tarjeta.

Recogí los bolígrafos que había dejado en su escritorio y cuando abrí el cajón para guardarlos en el estuche que solía verle usar, allí la vi. Una marca de labial rojo junto a un «te quiero» con una preciosa letra en cursiva. Cogí el pequeño pedazo de papel y lo miré durante lo que parecieron horas

sin ser más que unos pocos minutos. Unos minutos en los que las mariposas escaparon por cada lágrima que desertaba mientras mi rostro parecía inmutable. Las últimas lágrimas que vería en años. Sin una pizca de duda la dejé sobre el escritorio y metí toda la ropa en dos maletas de viaje. No contesté a ninguna de las llamadas, hasta que un mes más tarde vino a dejarme todas mis pertenencias junto a un puñado de excusas.

—Déjame explicártelo, por favor —su voz quebrada ni tan siquiera me causaba satisfacción. No buscaba su dolor, sino que el mío desapareciera.

—No sabía que unos cuernos tienen explicación. Será mejor que te marches, Javi —intenté cerrar la puerta, pero su pie me lo impidió.

—No tienen explicación porque soy un cobarde, Nia. Lo siento. Lo siento muchísimo.

—¿Que lo sientes? ¡Qué hice mal! ¡¿Qué te ha dado otra que no he podido darte yo?! Si hubiésemos hablado...

—Ese es el problema, que no has hecho nada mal. Estaba tan acostumbrado a ti y a la casa que no me di cuenta de que habíamos cambiado. Buscábamos cosas distintas, pero insistías en darlo todo, en demostrarme que podíamos con esto, pero a costa de amoldarte a mí. Estaba cómodo y eso es injusto para ambos —terminó apenas en un susurro.

Y no le bastaba. No era suficiente que todo fuese sencillo. Daba igual lo que me esforzase, porque siempre habría un nuevo motivo para que no funcionase. Comprendí que quizá confundíamos amor con la fase de enamoramiento en la que idealizamos a la persona y, tras ello, comenzaba la marcha

atrás para el punto y final de un nuevo supuesto. Asumir que te quieren de la misma forma en la que tú lo haces era el mayor de los errores.

A raíz de esa ruptura no me engañé con la idea de quedar soltera de por vida, sino que me hice un autosabotaje que me aseguraba vivir el enamoramiento sin caer en el error de enamorarme. El amor era efímero y había dejado de creer en él, por ello comencé a mostrar mi peor parte hasta que me dejaban. Al menos así tenían auténticas razones. Al menos, hasta Fran. Hasta que me prometió con una pizca de burla y desafío que me volvería a recordarme las formas de enamorarse del amor.

Lo conocí la noche que cumplí veintisiete años. Aquel día mi único plan era salir sola a beberme un chupito de melocotón, más por tradición que por ganas, pero no esperaba encontrarme en el mismo garito a Mario, mi mejor amigo del instituto y a Fran, su compañero de trabajo. No sé cómo parte de la noche consistió en debatir sobre cualquier tema. Era como si ambos estuviésemos dispuestos a ganar una especie de partida que habíamos creado ajenos a todo. Tan solo existíamos nosotros dos y la necesidad de demostrar que el otro se equivocaba.

—No puedes afirmar que el amor no existe cuando el amor no tiene definición —me miró con sus ojos chocolate de una forma que me causó escalofríos.

Saqué mi móvil ante su sorpresa y busqué en la RAE con una pizca de satisfacción en el pecho.

—«Sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con el propio ser». Tiene definición —sonreí victoriosa.

—Vaya, ¿necesitas de *Google* para sustentar tus argumentos? Nia, esperaba mucho más de ti — fingió tocarse compungido el pecho con una sonrisa en la cara.

—Te demuestro con hechos que sí tiene definición y que, si analizas lo que pone, básicamente dice que no eres capaz de vivir contigo mismo por lo que te nace la necesidad de completarte. Proyectas en el otro tu idea ficticia de felicidad —bebí otro trago de mi copa.

—El amor está en la RAE por el mero hecho de que vivimos en una sociedad que tiende a categorizar y dar explicación a todo. Fíjate lo subjetivo que es el amor, que depende de a quién le preguntes, te dará una definición totalmente propia.

—¿Qué es para ti el amor? —pregunté sin poder remediarlo.

—Estar dispuesto a perder.

En el momento que su sonrisa perdió el brillo y vi las pequeñas motas caramelo que adornaban sus iris marrones, supe que tenía que marcharme. No estaba dispuesta a volver a perder.

Agradecí que Mario volviese al grupo porque me dio la excusa para, cuando Fran fue al baño, salir por la puerta trasera.

—¿Te marchas? —Fran estaba en la pared, con un cigarrillo en la mano y esa media sonrisa que tanto me había enervado en gran parte de la noche.

—Creo que es demasiado tarde —me excusé.

—¿Tarde para perder?

—¿Qué? —mi corazón se detuvo por una milésima de segundo.

—Pensaba darte una paliza al billar. No me basta solo con aplastarte en el debate —me guiñó el ojo con descaro.

—¿Crees que he perdido? Tienes la percepción de la realidad un poquito alterada —no pude evitar entrar al juego. Aquello era satisfactorio a la par que irritante.

—Creo que has perdido tantas veces que le tienes miedo a ganar.

El humo lo desdibujó unos segundos y sentí que las lágrimas acudían a mis ojos de nuevo. Tres años después.

Su chaqueta cubrió mis hombros y se apoyó contra la pared, a mi lado. El cigarrillo se consumió en sus dedos mientras yo me consumía en un silencio que por primera vez era satisfactorio.

Al volver a casa evité cualquier pensamiento que tuviese que ver con él. Pese a que me acosté con su americana con un leve aroma a roble y whisky que me ayudó a conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, una notificación en *instagram* hizo que los pálpitos volvieran una vez más.

Una petición de amistad. Aunque creí que era para pedirme la chaqueta, nunca lo hizo.

No sé en qué momento nos volvimos adictos a la charlas de madrugada, los domingos de cervezas o los debates a pie de playa en los que ganábamos y perdíamos en nuestra tozudez compartida.

—¿Sabes que eres insoportable? —dijo con aquella media sonrisa de la que me había encariñado.

—Y aún así, aquí estás. ¿No será que te encanto?

—Puede ser —asintió sin más.

Un impulso. Agarré su camisa blanca en contraste con su tez morena y su dedo índice recorrió el espacio entre mi clavícula y el cuello, con una lentitud que despertó cada indecencia que habitaba en mí.

—¿Puedo besarte? —su aliento rozó mis labios y pese a que mi cordura me gritaba que no, mi cabeza asintió a la espera que su oxígeno me devolviese el mío.

Solo éramos dos adultos que buscaban compañía. Sin etiquetas, sin supuestos, sin partidas que ganar. No teníamos la obligación de amar al otro.

Los meses pasaron y pese a que intentaba demostrar con todas mis fuerzas que estar conmigo era una montaña rusa de emociones que nadie estaba dispuesto a soportar, Fran siguió con el lema de: eres insoportable, pero aún así me encantas. Incluso cuando parecía que realmente había conseguido enfadarlo, siempre buscaba mi mano al caminar por la calle o me ponía su chaqueta cuando hacía frío.

Una noche, mientras bebíamos cerveza, volvimos al debate del amor. Tema que habíamos evitado durante casi un año.

—Si crees en el amor, ¿por qué estás soltero? —inquirí con la ceja levantada.

—Si no crees en el amor... ¿por qué sigues aquí?

Y todo se rompió. La barrera que tanto tiempo me había costado alzar amenazó con resquebrajarse.

Con Fran no podía ser, porque si Fran se cansaba de mí... Él tenía la capacidad de romperme de forma irrevocable porque...

«Estás enamorada».

Cogí mi bolso de forma apresurada y salí del establecimiento en busca de aire. No podía enamorarme. No quería hacerlo. Pensar que todo aquel año acabaría sumido en la monotonía que

daría pie al fin me aterraba. Me completaba en tantos sentidos que hasta dejé de ver al sexo como algo banal. Con él era distinto. Con él...

—Nia, por favor, tranquilízate —trató de abrazarme, pero lo aparté.

—Esto tiene que terminar. Ahora.

Las palabras ardieron en mi garganta, pero por primera vez, era yo la que hería. No saldría herida.

No otra vez.

—No hagas esto. No nos hagas esto.

—¡Nos hago un favor! No me conoces. No sabes cómo soy en realidad. ¡No sabes lo pesada que puedo llegar a ser!

—¡Pues déjame conocerte más!

—¿Cómo puede seguir interesado después de...

—¿Después de todos tus intentos por sabotear lo nuestro? —la verdad pesó sobre mis hombros—.

Sí, me enervan tus cambios de humor o lo enfadona que eres al perder en cualquier juego. Me saca de quicio que nunca quieras hablar los problemas o la manía que tienes por dejar la tapa del váter arriba. Me irrita que recién despierta tengas un humor de perros o que continuamente me enseñes tu peor versión para que no me enamore de ti, pero ¿sabes qué? ¡Estoy enamorado! Y sin todas esas cosas que me molestan no sería capaz de quererte de la forma en la que te quiero. Porque me encantas así y eso no vas a cambiarlo. Te amo con cada uno de esos defectos.

Lo odiaba. Lo odiaba tanto que mis labios buscaron los suyos en un intento de odiarlo aún más por hacer que volviese a creer en un futuro, en aquella felicidad que había dado por perdida.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuré con el miedo a flor de piel.

—Ganar. Pienso recordarte cada una de las formas de enamorarse del amor.

Y lo besé. Por primera vez, el miedo a perder valía la pena.